

# LOS OCHO DE VERNET

La inédita historia de unos jefes y oficiales del Ejército republicano detenidos en Francia y deportados a Dachau

Icía C. Pañeda Reinlein

**T**RAS un periplo de novela, un grupo de jefes y oficiales del Ejército republicano exiliados en Francia terminaron en uno de los campos de exterminio nazi, Dachau. No fueron los únicos españoles que acabaron allí, pero su destino común, trágico para la mayoría de ellos, no se había contado hasta ahora. Tirando del hilo de un breve diario y algunas cartas de los protagonistas, ha sido posible recorrer los últimos meses de estos ocho hombres.

El 8 de diciembre de 1943, la Gestapo los detuvo en el hotel *Alexandra* de Vernet les Bains, pequeño pueblo del Pirineo francés, considerados como miembros de la resistencia clandestina, según el parte de detención. Entre ellos estaba el general Mariano Gámir, de 66 años, el que fuera jefe del Ejército del Norte en la guerra civil española, junto a otros veteranos oficiales, la mayoría del arma de Infantería, con edades similares de jubilación y con una gran experiencia militar a sus espaldas. Los otros siete protagonistas son el coronel Jesús Velasco Echave, de 65 años; coronel Carlos Redondo Flores, de 64; coronel César Blasco Sasera, de 66; teniente coronel Fernando Salavera Camps, de 60; teniente coronel José María García-Miranda Esteban-Infantes, de 46; comandante Joan Amer Vadell, de 46; y comandante Teodoro Marín Masdemont, de 66.

Todos ellos fueron trasladados a la Ciudadela de Perpiñán, una fortaleza del siglo XVI convertida en un centro de detenidos de la Gestapo. Allí pasaron dos meses de penurias y malos tratos, hasta que los entregaron a la Policía francesa, que los internó en el campo de concentración para extranjeros de Vernet d'Ariege, a 20 kilómetros de Toulouse. Solamente el general Gámir se libró de este destino, que a la postre sería providencial para

él, tras caer seriamente enfermo la víspera. Un médico francés lo envió directamente al hospital, y estaba dispuesto a extender un certificado para los demás e impedir su ingreso en un campo de concentración. En este momento prevaleció el espíritu de cuerpo, de lealtad al superior, de compañerismo y sacrificio porque, si aceptaban, los alemanes podrían sospechar de la artimaña y obligar al delicado general a realizar un viaje que amenazaría su vida.

En el campo de prisioneros de Vernet d'Ariege la mayoría de los presos eran españoles, pero también había de otras nacionalidades, polacos e italianos principalmente. Estaba dividido en tres distritos o *barrios* aislados entre sí por dobles alambradas. El primero estaba destinado para «vagos o maleantes» y delincuentes comunes, y el segundo era el de los presos políticos, ocupado en un 90 por 100 por refugiados españoles, tildados prácticamente de «terroristas rojos» y sometidos a una disciplina muy severa. Ese era el destino del grupo recién llegado; sin embargo, el jefe del campo, un comandante francés educado y honorable, les dispensó un trato muy correcto al considerar que las autoridades francesas «no tenían ningún or-

den de prohibición ni de expulsión» contra ellos. Aún así, estaba obligado a acatar las órdenes de la Gestapo. Lo que sí hizo fue aliviar su internamiento enviándoles al distrito del hospital, exactamente a la barraca 32, con los viejos y achacosos, donde serían tratados con consideración y respeto.

A pesar del gélido frío de ese invierno, los ahora siete de Vernet tuvieron una vida llevadera en su barraca del hospital. En el verano del 44 todo cambió... de golpe.

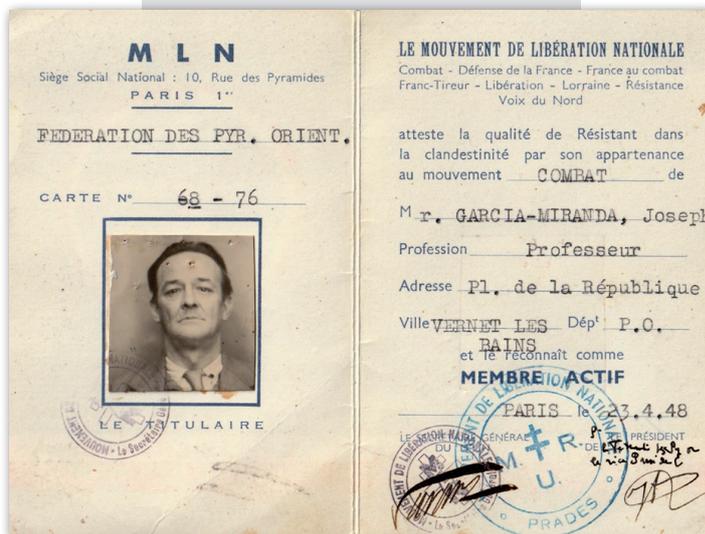
## EL TREN FANTASMA

El 30 de junio de 1944, más de tres semanas después del Desembarco de Normandía, las esperanzas de una inminente liberación del campo de Vernet d'Ariege por el avance de norteamericanos e ingleses se volvían a esfumar para los siete de Vernet y para miles de presos de múltiples nacionalidades y diversa procedencia social. El régimen nazi decidió recrudecer el ensañamiento contra las minorías que consideraba inferiores y los enemigos del III Reich y embarcó a miles de internos en trenes de ganado con destino a los siniestros campos de exterminio en Alemania y Polonia.

Desde Vernet d'Ariege salieron unos 400 prisioneros, entre ellos los siete de Vernet, con destino a Toulouse, donde el 2 de julio los metieron en un tren que tardaría dos meses eternos para un trayecto de 905 kilómetros, en lo que se conoció como el *tren fantasma* (nunca se sabía dónde estaba) o el *tren de la muerte*. Su destino: Dachau, la última estación, a la que muchos ni llegarían.

Con calor, sin apenas agua ni comida, 70-80 personas por vagón con capacidad para 40 como mucho, las ocho semanas de viaje infernal cruzando Francia (con avances y retrocesos en una sucesión interminable de cambios de rumbo y esporádicos ataques de la aviación aliada), sin casi bajar de los

*Los militares  
españoles viajaron  
durante dos meses  
en un tren sin  
apenas agua ni  
comida*



convoyes, supusieron una de las pruebas más duras para la resistencia física y psicológica de sus pasajeros. Algunos pudieron evadirse, pero la mayoría llegó el 29 de agosto de 1944 al campo de Dachau, de ellos 70 españoles, aunque lo hicieron en tan malas condiciones que los propios internos del campo los recibieron impresionados.

Dachau, que se abrió en 1933 como campo de trabajo y *rehabilitación*, terminó siéndolo de exterminio. Muchas obras cuentan las dramáticas condiciones que sufrieron los internos. Entre ellas está *La escoria de la Tierra*, del húngaro Arthur Koestler, o *8 Caballos, 70 hombres: El tren fantasma*, del periodista italiano y superviviente Francesco Nitti. «Admiro su gran moral, su dignidad y el coraje con que afrontan todas estas pruebas a pesar de la edad y de la mala salud», escribe Nitti sobre los coroneles Redondo, Blasco y Velasco, con los que coincidió en el tren.

### HUNDIMIENTO FÍSICO Y MORAL

En Dachau alguno no pasó de la entrada, como el coronel Velasco, que llegaba muy enfermo y lo apartaron del grupo. Solo después de mucho tiempo se averiguó que fue trasladado al campo de Bergen-Belsen, el mismo en el que estaba recluida la niña judía Ana Frank. Murió en noviembre de 1944.

Nos cuenta García-Miranda que se formaban colas una vez al mes para seleccionar entre fuertes, débiles y normales, una especie de ruleta rusa sin pistola, dirigida por los implacables guardianes de la guadaña. El arraigado instinto de supervivencia inherente al ser humano hacía que algunos se cambiaran de fila para no destacar y colocarse en una posición que les situase en el bando de los *normales*, lo que significaba que era para trabajar. Los débiles, los declarados inútiles, iban directamente a la cámara de gas.

«El hundimiento moral total del ser humano. Al elegir salvarte... podías provocar la muerte de otros», reflexionaba García-Miranda, que llegó incluso a hacer de conejillo de indias en un programa de investigaciones médicas (en Dachau se estudió la malaria) por un vaso de leche.

Así pasaron muchos meses hasta que un día de abril de 1945 las tropas estadounidenses de la 45ª División de Infantería liberaron el campo de Dachau, con 32.000 presos.

Tras la liberación, se pudo conocer la fatídica suerte de cada uno de los protagonistas de esta historia, gracias a las cartas que envió un famélico y extenuado García-Miranda —sus 39 kilos de peso le impidieron moverse durante semanas— a su esposa Lucía.

«Una triste noticia: todos los otros camaradas; Velasco,

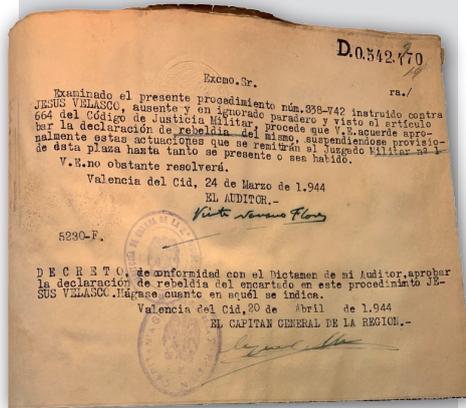
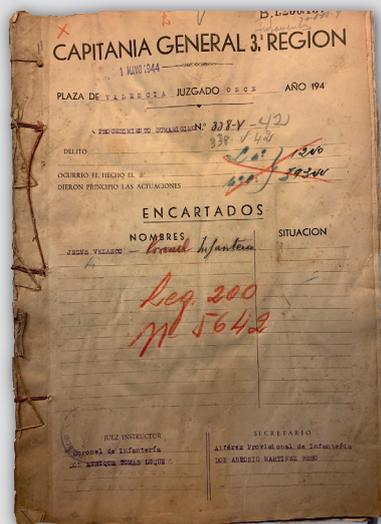
Blasco, Marín, Salavera, Redondo y Amer han muerto de tifus y de hambre. Darás la triste noticia a Mme. Amer y a la familia de Redondo con las precauciones naturales. Si conoces la dirección del general Gámir escríbele enseguida para que hable con nuestros representantes al objeto de que demanden a las autoridades francesas nuestra rápida evacuación, o que envíen al menos víveres y tabaco. Somos 200 españoles. Militares de carrera quedamos solamente dos: un comandante y yo (...).» (Primera carta, del 2 de mayo de 1945).

Unos días después, el 8 de mayo, escribía la segunda misiva, con más información: «Velasco se puso muy enfermo al poco tiempo de llegar, lo sacaron del campo y no hemos vuelto a saber de él, lo más probable es que lo gasearan. Blasco murió en diciembre y Amer en febrero, los dos porque perdieron la moral y el ánimo, se acobardaron y esa fue su perdición; Salavera murió en enero consumido por la diarrea, los piojos y los malos tratos; Marín murió en febrero del tifus, y Redondo murió en la noche del 8 al 9 de marzo de fiebre, piojos y sobre todo hambre; dormíamos juntos y murió abrazado a mí, hablándome de sus hijos; toda la noche desde las 11 la pasé con el pobre cadáver y a la madrugada, ayudado por otro español, pudimos lavarlo y arreglarlo un poco antes de que se lo llevaran. Yo vivo de milagro, pero vivo, y prefiero no seguir hablando de cosas tan trágicas.»

En la carta le pide de nuevo que escriba al general Gámir para que se interese por su evacuación, «pues soy el único militar que queda (han muerto aquí también el Tte. Coronel Luengo, el Tte. Coronel Díaz-Tendero, el Comandante San Martín y otros)...»

Mención aparte merece la fortuna del general Gámir, que se libró del trágico destino de sus compañeros al ser enviado a un hospital. Pudo ver la liberación de París y, aunque defenestrado, regresó a España, igual que el teniente coronel García-Miranda, los dos únicos que volvieron.

Carné de la Resistencia del teniente coronel García-Miranda. Archivo familiar.



Legados del procedimiento sumarísimo 338-V42 de la Causa General contra el coronel Velasco, declarado en rebeldía. Archivo General e Histórico de Defensa, Madrid.